

puesto el pié en la alcaldía ó en una asamblea, ya lo sabéis: la religión y la conciencia no tienen nada que objetar á lo que hagáis: allí ya no hay Dios.

Esto es lo que se dice continuamente á los electores católicos, y puede creerse que muchos consideran estas palabras como verdaderas, que muchos consideran que no son cristianos al llevar á cabo un acto de ciudadano.

Mas, ¿quién no ve lo absurdo y falso de estas cosas que se les dicen?

En primer lugar, es falso, absolutamente falso, que haya en la vida de un cristiano un momento, ni un segundo, en que tenga derecho á olvidar que es cristiano, y que Dios le ve y le juzga.

En segundo lugar, es absurdo el suponer que un católico, al obrar como ciudadano, pueda abstenerse de observar en todo y por todo la ley de Dios y los preceptos del santo Evangelio.

(Del opúsculo *Deberes de los electores católicos*, por Mons. Isoard.)

SECCION LITERARIA



EL TRIGO DEL DIABLO SE PIERDE EN SALVADO.

(DEL NATURAL.)

A una ciudad de este mundo... que podría ser Roma, un día, lejano ya,... que podría ser el 20 de septiembre de 1870, llegaba un hombre casi descalzo, deseoso de lograr fortuna, y sin otro equipaje que un paquete de periódicos, de aquellos que hicieron en la capital su primera aparición pública, al nuevo sol de la libertad. En la ciudad, que podría ser Roma, no había, entonces, ¡muchos periódicos, y tampoco se acostumbraba ir á vocarlos por la calle. El hombre llegado recientemente, educado en la escuela de otros países, tomó á su cargo despachar, gritar y esparcir todo género de publicaciones; y un poco la novedad, un poco el afán de noticias que reinaba en aquellos momentos, y otro poco la afluencia de toda clase de gente nueva, hicieron prosperar su negocio y llenaron de *perras* sus bolsillos. Entonces nuestro hombre pensó en hacerse con un puesto fijo, y levantó en una plaza, que se podría llamar plaza Colonna, una especie de garita en cuyo alrededor expuso la mercancía periodística, más ciertos folletitos clandestinos, que en su inmoralidad y tontería comenzaban á pregonar qué